

ASOCIACION PROVINCIAL CORDOBESA
DE
CRONISTAS OFICIALES

NOTAS PARA LA HISTORIA
DE
CORDOBA Y SU PROVINCIA



Córdoba, 1986

NOTAS PARA LA HISTORIA DE CORDOBA Y SU PROVINCIA

*Juan Aranda Doncel, Antonio Arjona Castro, Angel Aroca Lara,
Juan A. Bailén García, Francisco Crespín Cuesta, Joaquín
Criado Costa, Enrique Garramiola Prieto, Manuel Moreno
Valero, Pablo Moyano Llamas y Antonio Serrano Serrano.*

Prólogo de JOAQUIN CRIADO COSTA

Portada de P. Rueda

I.S.B.N.: 84-398-6366-7
Depósito Legal: CO 377-1986

Impreso en Tipografía Católica
Polígono I. La Torrecilla - Córdoba

Lugares arqueológicos de Montemayor

Por Pablo MOYANO LLAMAS

Los muchos años de investigación arqueológica, que no han supuesto en mi empeño el más mínimo decaimiento, me posibilitan ya el hacer un modesto esfuerzo por determinar con alguna exactitud los lugares arqueológicos de Montemayor en los cuales, todavía, a pesar de los siglos transcurridos, es posible localizar no pocos vestigios del esplendor pasado. Y al hacer esta constatación comparto la idea de Juan Bernier de que la arqueología de campo es esencial para redescubrir la historia, para hacer un esfuerzo de aproximación a nuestros orígenes que tenga una garantía científica digna de ser creída. Comparto la idea de que esa historia está en gran parte por escribir, o mejor, por descubrir. De que no basta copiar lo que otros nos legaron sino que se impone un esfuerzo medianamente serio por volver a las fuentes, por intentar sacar de la tierra no ya los trozos de cerámicas o las monedas, sino los vestigios cuya lectura nos aproxime un poco a la forma de vida de nuestros antepasados. En esos *lugares arqueológicos* es donde podemos y debemos beber, mejor que en los libros, toda una historia que abarca desde las costumbres a la fe, desde la economía a la forma de vestirse o de venerar a los muertos. A pesar de los muchos siglos transcurridos aún podemos estudiar cómo vivían, qué comían, qué utensilios usaban, cómo cultivaban la tierra, cómo guardaban los cereales y el aceite, cómo construían sus viviendas o cómo se adornaban.

Sabido es sobradamente la antigüedad de Montemayor. Una antigüedad que puede ponerse en paralelo con los pueblos más antiguos de nuestra provincia: Zuheros, Baena, Monturque, Espejo o Santaella, por sólo citar algunos ejemplos. Pero quiero centrarme en la idea primera de este trabajo. ¿Cuáles son los lugares arqueológicos donde ha quedado para siempre escrita de alguna manera la vida inicial de la antigua Ulía? ¿En qué sitios de Montemayor aparecen algunos vestigios del *hábitat*, del cultivo de los campos, de los cementerios, etc.? La pregunta y el tema me parecen de extraordinaria importancia. Y no menos la respuesta que nos da la arqueología, el esfuerzo permanente por descubrir el más mínimo vestigio de una vida que debió ser exuberante tal y como se descubre por la proliferación de restos y de sitios.

El primer *lugar arqueológico* de Montemayor fue sin duda alguna el sitio donde hoy se levanta su actual castillo. Ya dije en otra ocasión que el actual castillo ducal de Frías tuvo su origen en una fortaleza ibérica, en un *castrum ibericum* del cual se conservan aún algunos vestigios. Los sillares del castillo dejan ver todavía el arranque de ese *castrum*. Los romanos al asentarse sobre esta fértil campiña no parten de cero. Se aprovechan de lo que allí existe. Construyen y fortalecen, amplían y defienden con murallas más anchas lo que siglos antes existía como un *hábitat* completo, preparado para la defensa, organizado como una auténtica comunidad humana. Como digo, aún se pueden ver los cimientos de las grandes piedras tan característicos en todos los poblamientos ibéricos, similares por otra parte a los descubiertos por Bernier y por mí en el llamado “Cerro de la Mazmorra”. Algunas piezas de indudable importancia conservadas en el castillo ducal de Frías avalan esta afirmación y este convencimiento míos. Baste reseñar el carnero ibérico encontrado en el jardín del castillo o el guerrero hallado no lejos de los muros que hoy circunvalan el castillo para comprender la verdad de cuando digo. Y pienso que bastaría hacer una excavación incluso superficial para hallar otros vestigios. El castillo y sus aledaños no sólo fueron la raíz y el fundamento del Montemayor actual sino que bastan por sí solos para demostrar las raíces de la Ulía ibero-romana. Pero no quiero insistir en este extremo porque todo cuanto he dicho hasta ahora lo creo suficientemente conocido.

El segundo *lugar arqueológico* de Montemayor es indudablemente la finca llamada “Dos Hermanas”. Porque en los cimientos de esa ruinoso fortaleza se pueden descubrir aún restos de otro *castrum ibericum*. No pocas de las cerámicas allí encontradas son restos ibéricos. Y conviene resaltar la existencia de una bellísima pieza de piedra, una tinaja que yo desconocía y que se conserva en una casa de Montemayor desde hace más de ochenta años. Esa tinaja, ibérica, de piedra, pertenece también a Dos Hermanas. Y muchísimos restos de cerámica ibérica y romana sobre la superficie dan testimonio de la antigüedad de “Dos Hermanas”, que no fue sólo una fortaleza para defensa en guerras de reconquista sino algo muchísimo más antiguo y con una vida floreciente antes de que Roma se asentara en esta campiña, ayer tan fecunda como hoy.

Para mí otro de los lugares más interesantes de Montemayor es sin duda alguna el llamado “Cerro de la Alcoba”. Hoy el cerro ha sido prácticamente desmontado en un acto sin nombre de destrucción del paisaje. Pero en ese cerro creo descubrir una auténtica necrópolis ibérica. No son muchos los restos allí encontrados. No porque no los hubiera sino porque jamás nadie se ocupó de salvarlos. Pero me bastan algunos restos de cerámicas, en barro negro, algunas puntas de lanza y sobre todo una espléndida hacha de bronce, algunas fímulas, anillos, etc., para comprender que el “Cerro de la Alcoba” debió ser el primer cementerio donde los pobladores de Montemayor depositaban los restos de sus muertos. En ese cerro se han encontrado algunos ejemplares formidables como una cabeza de caballo, un torso de guerrero y algunas monedas de Ulía. De todo ese material sólo conservo el hacha de bronce, algunos restos de cerámica y una moneda.

Otro lugar para mí de enorme importancia es el llamado “Cerro de la Ahorca”. No tengo idea del origen de ese nombre. Pero sí cabe resaltar el

hallazgo en su seno de muchísimos restos de vasijas, cuya antigüedad se remonta por lo menos a trescientos o más años antes de Cristo. Por suerte conservo una vasija intacta de ese cerro con los huesos de una incineración. Cuando ese cerro fue tractoreado para poner viñas se rompieron no pocas urnas similares. El “Cerro de la Ahorca” fue sin duda alguna una de las necrópolis de la antigua Ulía.

Pero existe un dato de extraordinaria importancia para el estudio de Montemayor y de sus *lugares arqueológicos*. Es este: De siempre me ha preocupado averiguar algo sobre el cerco de Ulía que refiere Aulo Hircio. Varios meses Ulía es sometida a un asedio que puede ser calificado como la antesala de Munda, como el principio del fin de Pompeyo. Consta ese asedio. Los incontables proyectiles de piedra hallados en Montemayor, que se conservan muchos de ellos en el Museo de Ulía, lo atestiguan. Pero el “Cerro de la Ahorca” me permite hoy asegurar sin miedo a equivocarme dónde estuvieron asentados las tropas que cercaban Ulía. En ese cerro han sido encontradas más de doscientas balas de plomo, o mejor dicho en su nombre propio “glandes” descubiertos por depredadores de objetos arqueológicos con detectores de metales. Casualmente encontrados por los labradores han venido a mis manos más de treinta piezas de plomo encontradas en ese cerro ubicado a menos de medio kilómetro de Montemayor. Esa proliferación de objetos de guerra es un signo clarísimo de que allí existió un campamento, un prolongado campamento de asedio. En ningún otro sitio de Montemayor se han encontrado tantos objetos esparcidos. Y allí no existe una sola edificación. Luego en ese paraje estuvieron las huestes de Pompeyo asentadas hasta que por una estragema Ulía fue liberada por los partidarios de Julio César. Basta ese dato de la arqueología para confirmar la historia.

El castillo actual, “Dos Hermanas”, el “Cerro de la Alcoba”, el “Cerro de la Ahorca”, sin olvidar el relativamente cercano “Cerro de la Mazmorra”. He ahí los *lugares arqueológicos* más primitivos de Montemayor.

Vienen luego algunos sitios de particular importancia que denotan la grandeza de la Ulía romana. Lugares donde se ubicaron las formidables *villas* donde los patricios emulaban las comodidades de la Urbe. Villas que no desmerecían en nada a nuestros mejores chalets por la magnificencia con que eran construidas y adornadas. Villas que fueron el precedente de nuestros cortijos, pero que superaron a éstos en todos los terrenos. Sería muy largo dejar constancia de las comodidades, del lujo con que los nobles romanos construían sus viviendas. No es ése mi intento. Pero baste reseñar que Montemayor conserva algunos estupendos vestigios de esas villas, que he ido investigando en estos años últimos.

Creo que sobresalen tres o cuatro *lugares arqueológicos* en los que aún quedan huellas formidables de ese esplendor.

Reseñemos ante todo “La Zargadilla”. De allí son los mejores ejemplares de esculturas encontradas y que hoy se conservan en el Museo Parroquial de Ulía. Esa villa contaba con conducciones de agua, con mosaicos, con jardines, con estupendos muros. Y con agua en abundancia. Estaba construida casi al borde del antiguo camino de Ecija a Córdoba, algunas de cuyas piedras de la antigua calzada yo mismo pude ver. Debió ser extraordinaria a juzgar por los ejemplares del león, de la Venus de Montemayor, del sátiro o

del niño con una caracola. Aún esa villa merece una excavación. Pienso que bajo esos terrones se ocultan todavía no pocos restos, tal vez mucho mejores que los encontrados. Puse en conocimiento del Museo Arqueológico Provincial la existencia de ese yacimiento, pero nada se ha hecho.

Junto a “La Zargadilla” cabe resaltar “El Cañuelo”. También allí se han descubierto los restos de otra villa romana, algo más pobre y que yo la sitúo en el siglo III de nuestra era a juzgar por las infinitas monedas de los siglos III y IV que se han encontrado. Del “Cañuelo” son algunos restos de fuste. Y aún se conservan allí algunos restos de conducción de aguas, infinitos trozos de cerámica, restos de plomo. Y cabe destacar una fuente de bronce encontrada por mí, infinitos pedazos de plomo y sobre todo un precioso racimo de uvas en bronce, signo claro de que el cultivo de la vid era usual en esos siglos en estos mismos parajes.

Otros lugares donde se han descubierto objetos romanos son la llamada “Huerta de la Cacería” y sobre todo la “Huerta de los Pilonos”. En la primera se conservan restos de una alberca romana, muchísimos restos de cerámica y sobre todo una muy deteriorada escultura de Esculapio. En “Los Pilonos” sobresalen, los restos de un antiguo aljibe o depósito construido con el llamado “cemento romano”.

Estos son algunos —sólo algunos— de los que yo llamo *testigos mudos* de la antigua Ulía. Son los más importantes. Y la mayoría de ellos están sin explorar siquiera. Una simple mirada da pie para darse cuenta de su importancia.

En verdad hay que decir que no sólo esos son los *lugares arqueológicos* de Montemayor. Sería más exacto afirmar que todo el pueblo y sus alrededores son un puro *lugar arqueológico*. Una mirada de superficie sobre los corrales y los huertos que rodean el pueblo nos dejan enseguida ver hasta dónde aquí se asentaron las civilizaciones. Nos dejan sobre todo la huella de una grandeza que nunca ha sido valorada ni defendida, ni antes ni ahora. Se nos llena la boca con la palabra patrimonio artístico y monumental, pero nadie —o casi nadie— mueve un solo dedo por rescatar ese patrimonio. Seguimos donde estábamos. Sólo algunos quijotes seguimos al pie del cañón sin recibir muchas veces ni siquiera una sola palabra de agradecimiento. Pero nuestro trabajo es nuestra mejor paga.

